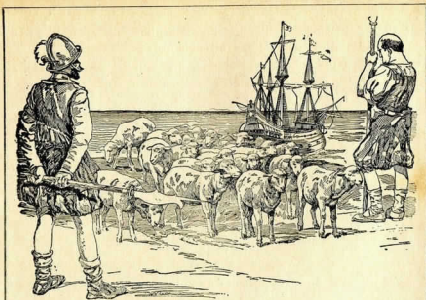




Las ovejas.

EN la América del Sur, antes del descubrimiento, no existían ovejas. Los conquistadores españoles las introdujeron a principios del siglo XIV, en Méjico y en el Perú. Las primeras ovejas que llegaron al Río de la Plata fueron las que trajo Ruy García en 1550. Algunos años después Torres de Vega y Aragón importó cuatro mil cabezas.

Estas majadas, abandonadas a sí mismas en las pampas argentinas, se multiplicaron de modo extraordinario, recibiendo el nombre de «ovejas pampas», animales de lana corta y lacia, que por espacio de doscientos años constituyeron una riqueza sin explotar, que se fué extendiendo por toda la República.

El primer presidente argentino, Bernardino Rivadavia, fué quien dió impulso a la importación de ovejas finas.

Siguieron llegando crías de ovejas finas, durante largos años, hasta conseguirse un tipo argentino, que es considerado uno de los mejores del mundo.

La lana y la carne de los mejores rebaños de ovejas que se crían con facilidad en sus inmensos campos, son dos de las fuentes de riqueza de la República Argentina.

La lana va a los países industriales: allí es lavada, y con ella se hilan paños y tejidos de calidad superior.

La carne va a Europa, especialmente a Inglaterra, en cámaras frías especiales, a bordo de los vapores, donde, congelada, se conserva en perfecto estado durante todo el viaje.

Es en la Patagonia, en los vastos territorios del Sur de la República, donde la cría y explotación de las ovejas constituye una de las principales riquezas.

Millones de ovejas pueblan las estancias del Sur. La esquila y los embarques de lana señalan las épocas de mayor actividad en la Patagonia, al llegar la primavera, una vez que los fríos terribles del invierno han desaparecido, y los esquiladores pueden despojar a los dóciles animalitos de su abrigo natural sin peligro alguno.

La industria ovejera aumenta constantemente en la Argentina.

Sus grandes rendimientos atraen a numerosas personas, y dentro de muy poco tiempo nuestro país ocupará tal vez el primer puesto entre las naciones productoras de lana y carne de oveja.

El tabaco argentino:



LA industria del tabaco se está extendiendo y perfeccionando en el Norte de la República. En las provincias de Tucumán y Salta, principalmente, su cultivo adquiere de año en año, mayor importancia, proporcionando trabajo a millares de hombres, mujeres y niños, pues algunas labores que exige son muy sencillas.

En Tucumán, el cultivo del tabaco se encuentra en manos de pequeños productores que disponen de medios y materiales limitados. La mano de obra es lenta todavía.

Los cultivos de los tabacos llamados negros se hallan en manos de plantadores activos y hábiles, pues el rendimiento por hectárea es de más de mil kilogramos. Una de las desventajas de esta industria es la gran distancia a que se encuentran en la actualidad las plantaciones de las estaciones ferroviarias.

Los tabacos argentinos provienen de variedades distintas, importadas de otros países, no obstante lo cual no dejan de ser excelentes.

Puede afirmarse que la fabricación de cigarrillos constituye actualmente una rama importante de la industria argentina.

Antes de que transcurra mucho tiempo, los tipos de tabaco nacional, el colorado, el negro y el rubio, podrán ser exportados a Europa en gran escala, y aumentarán así en forma positiva esta verdadera fuente de riqueza nacional.

La mesa.

Los buenos modales que se observan durante las comidas revelan el grado de educación. Ni la elegancia ni el lujo de los vestidos disimularán los feos modales del niño que no guarda compostura al comer; y nadie se los disculpará, porque es facilísimo comer bien, y es cosa que se practica de tarde y de mañana, diariamente. Comer con moderación y con limpieza está al alcance de cualquier niño; basta darle las primeras lecciones: él se irá perfeccionando con la práctica y la observación lo que debe imitar y lo que debe evitar.

Nadie tiene el derecho de causar repulsión, desagrado o molestia a sus compañeros de mesa.

Los carboneros.

SOBRE las costas del Paraná, donde los bosques levantan su densa cortina de verdor, se ven a largos trechos, en los claros de la arboleda, solitarias chozas de barro y paja. Allí viven los carboneros que derriban a golpes de hacha los árboles de la selva, los cortan en trozos y los convierten en carbón.

De las altas barrancas que forman las costas del río bajan en pendiente los rústicos muelles por donde es llevado el carbón a los barcos de vela que lo transportan a su destino.

El carbonero solitario vive expuesto a todos los peligros de la selva, pero también goza de todo el encanto de la vida libre en medio de una naturaleza fértil y hermosa.

El obraje.

DESDE una larga distancia, especialmente en la noche y en el amanecer, un aroma fuerte y penetrante de árboles avisa la presencia del obraje. El es el perfume de los quebrachos cortados, de los inmensos árboles tumbados por la mano del hombre en el corazón palpitante de la selva.

¡Los quebrachos!

Uno a uno van cayendo, y los va devorando el obraje. Allí, un rumor ronco, infatigable, desde el alba hasta el crepúsculo, rumor de hombres y de máquinas que trabajan, llena la selva con sus latidos profundos.

Los hombres, peones correntinos, santiagueños, brasileños, uruguayos, paraguayos, turcos, italianos, checoslovacos, están entregados a la extracción del tanino, de la esencia del árbol gigante, que servirá para las industrias de la civilización.

Los árboles de acero natural brindan su jugo milagroso, que los grandes barcos se llevarán por el mar, a Inglaterra, a Estados Unidos, a Alemania, en cantidades vastas, que representan fabulosas fortunas.

La selva trabajó durante siglos para producir esos árboles. Hasta que llegaron los hombres. El obraje es una isla palpitante de vida en medio del bosque secular. Durante el día, del obraje se levanta el canto de las sierras y de las hachas.

Los cultivos del Norte Argentino.



OR su valor industrial, puede considerarse como uno de los cultivos agrícolas más importantes del Norte argentino, la caña de azúcar, que se cosecha especialmente en Salta, Tucumán y Jujuy, provincias en las cuales existen grandes y valiosos establecimientos, o sea ingenios azucareros. Este cultivo emplea gran parte de la población de estas provincias. La caña que se utiliza más para la molienda es la llamada de Java

El tabaco y el algodón siguen por orden de importancia.

La provincia de Salta es una productora bastante abundante de tabaco, especialmente en la zona del valle de Lerma, en el centro de la provincia. La planta salteña de tabaco es muy buena, pero el laboreo y el transporte ofrecen algunas dificultades, que van desapareciendo con los modernos métodos.

En Salta se ha logrado aclimatar varios tipos de tabaco habano, y hasta se ha conseguido obtener algunos tipos nuevos, cuyo consumo es creciente.

La provincia de Corrientes está actualmente muy adelantada en la producción de tabaco de buena y regular calidad. Allí se han aplicado desde hace algún tiempo métodos industriales modernos para este cultivo, cuyo porvenir industrial es importante.

El algodón, que será con el tiempo una de las industrias más ricas del Norte, se produce cada año con mayor abundancia en Santiago del Estero, Salta y en el Chaco salteño.

Por su cantidad ocupa luego un lugar preponderante el cultivo del maíz, que se da muy bien, que es el alimento principalísimo y a veces único de la mayor parte de la po-

blación, y que ha llegado a producir hasta quince tipos diferentes, algunos de ellos de fama mundial, como el «diente de caballo» y el «caspia».

Inmediatamente después debe citarse el cultivo de la vid, que se produce con mayor exuberancia en Catamarca y en Salta. Este es un renglón que comercialmente da poco de sí, por falta de hombres capaces de darle el impulso que está exigiendo; pues el de la uva, o sea el del vino, es un comercio llamado a tener un enorme vuelo, sobre todo por su calidad. En Catamarca y en Salta hay tipos de vinos muy superiores a muchos europeos. El tipo «Cafayate» es único en su género. Cultivo importante es también el de la alfalfa; el principal centro de producción es Santiago del Estero, dándose también con mucha exuberancia en los valles de López y Calchaquies.

El poroto, el garbanzo, el arroz, son cereales cuyo cultivo toma gran incremento día a día; con el tiempo llegarán hasta exportarse desde el Norte fuertes partidas de ellos. El arroz, sobre todo, es el que mayor atención merece.

En menor escala se cultiva también, en orden decreciente, el ají, el haba, la cebada, el trigo, el centeno, el alpiste, el junco, la morera—para los gusanos de seda—, la patata, la sandía, el melón, hortalizas varias, y desde hace algún tiempo se trata de aclimatar algunas forrajeras importadas.

El Norte es una de las regiones más ricas y más aptas del país. Goza de los climas subtropical, templado y frío. Tiene enormes praderas, bosques inconmensurables, elevadísimas y vastas montañas. Está llena de ríos, de arroyos, de lagos y lagunas. Su fauna es riquísima, y su flora más aún. Toda esa enorme región lo único que necesita para asombrar al país, es el contingente de hombres laboriosos e inteligentes que la exploten.



Cómo se hizo patria.

NUESTROS antepasados civilizaron su tierra trabajando el campo en la tarea que ellos definían bellamente: «hacer patria». El patrón se consideraba «gaucho parejo», siendo mejor que todos en el trabajo del corral, en el rodeo de la tropa, en la esquila, y cuando araba, sembraba, segaba y podaba.

Vivía con su familia en el campo, y demostraba prácticamente que el hombre con hogar tiene derecho a la tierra, al sol y al aire de los campos. Probaba al peón su superioridad en destreza campesina, a más de la superioridad intelectual como pueblerino. Era amigo de la peonada, su fiscal y su consejero.

Esto pasaba en la edad de oro de la patria chica. Luego las costumbres cambiaron.

Después, ¡cuán distintos los tiempos del estanciero porteño, que salía campo afuera para formar la industria agrícola y ganadera, estimulado por los gobiernos patriarcales!

La ganadería prosperó, merced a los siguientes factores: los alambrados, la importancia de reproductores de raza, el cultivo de forrajeras artificiales, la edilicia rural, galpones, establos, bañaderos, plantación de árboles.

Viene luego la colonización agrícola, las simientes de las colonias autónomas, formando chacras y granjas con el trabajo del propietario.

Y como elemento principal, como instrumento de civilización, como factor esencial del progreso, uniendo las ciudades y poblaciones y los campos, el ferrocarril.

Las colonias, desarrolladas merced a los ferrocarriles—que constituyen la grande obra de los ingleses en la República Argentina—, fueron surgiendo en las provincias y territorios.

El progreso, el porvenir, iban en las locomotoras. Se unían los campos, las ciudades, las estancias, los pueblos, las zonas productoras, hasta que un día fausto nuestro país llegó a ser uno de los primeros en el mundo por su producción agrícola y ganadera.

Millares y millares de hombres laboriosos y fuertes crearon la grandeza de los campos, realizaron el sueño de los antepasados. Las tierras donde hace menos de medio siglo vagaba el indio con sus malones, se transformaron en fértiles heredades. La trilladora dejó oír su rumor en las campañas antes estériles y solitarias, dominio del salvaje, del cimarrón y del ñandú. El mugido de inmensos rebaños pobló la extensión de la pampa. Así se hizo patria con arados y con trenes, con esperanzas y con hombres. Una patria libre y fecunda, sin guerras y sin odios; una patria de trabajo, de paz, de bienestar y de fe.

El cooperativismo.

COOPERACIÓN... ¿Qué sería eso? Había oído varias veces hablar de cooperativismo a unos amigos de su padre, que estaban organizando una sociedad misteriosa. De noche se encerraban con su padre, y hababan, discutían durante horas, hasta que él, Roberto, que iba a la escuela, naturalmente, y estaba en cuarto grado, se quedaba dormido.

Un día, un domingo de Mayo, le preguntó:

—¿Qué es la cooperación, papá? ¿Qué es esa sociedad cooperativa que discutes siempre con tus amigos?

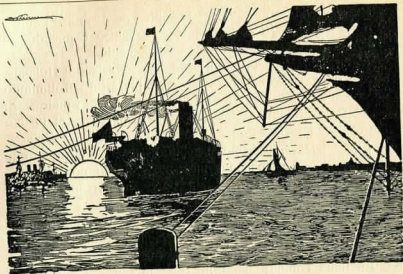
El padre de Roberto, que era abogado, lo miró con cierta sorpresa.

—¿Quieres saberlo de verdad? — Cooperar quiere decir «trabajar juntos» para algún fin. Comprenderás que un grupo de personas que se juntan para obtener algún bien, alguna utilidad que será para todos los que se han reunido, ha de conseguir más que una persona sola...

Roberto escuchaba, silencioso. Su padre le explicó con más detalles cómo los hombres, los gremios, en otros tiempos, formaban cooperativas, sociedades mediante las cuales conseguían más facilidades para la vida de cada asociado, juntando su trabajo, su dinero, su acción, recogiendo toda clase de utilidades.

—¿Se podría fundar una sociedad cooperativa en la escuela, papá?

—Ya lo creo —contestó—, ¿por qué no?



En el puerto.

Los barcos! Unos junto a otros, con sus chimeneas rojas y negras, con sus puentes cubiertos de hombres afanosos y apresurados, se alineaban a lo largo de los diques. Eran grandes vapores. En sus popas leíanse nombres de ciudades extranjeras, puertos de Alemania, de Italia, de España, de Grecia, de Inglaterra, de Francia.

Hileras de hombres sudorosos subían a bordo llevando sobre sus espaldas bolsas de carbón. Las enormes grúas levantaban del muelle pesados bultos y los depositaban en los vapores.

Los bultos contenían cueros, lanas, carnes congeladas, las riquezas de la República. El trigo era cargado en cantidades inmensas, así como el maíz y otros cereales.

Los campos argentinos derramaban sus tesoros en los buques extranjeros. Los buques, en cambio, habían llegado a Buenos Aires cargados de máquinas, de productos industriales de otros países.

Desde la mañana hasta la noche trabajaban los hombres, en el invierno y en el verano, todo el año, todos los días, en una labor oscura y heroica que no terminaba nunca.

¡El puerto!

También los barcos traían millares de hombres, centenas de familias extranjeras que llegaban, como un río humano, lleno el corazón de esperanza y de fe, a formar los hogares del porvenir en los barrios de las ciudades, en los pueblos, en los campos donde ondulaban los trigos y se arrancaban las riquezas de la tierra.

De noche, el puerto dormía. En los buques silenciosos, inmóviles, hombres solitarios hacían la guardia, esperando que el sol apareciera sobre el estuario para proseguir el trabajo interminable y heroico de los días.

¡Cómo dormían los barcos!

Ellos también esperaban que los cargamentos estuvieran completos para volver a zarpar, a hundirse de nuevo en la inmensidad de los mares, en marcha hacia otros puertos lejanos.

Porque ellos trabajan, también, los grandes barcos de chimeneas rojas y negras, los buques que llegan y que parten, con sus cargamentos de hombres y de riquezas que creó el trabajo de los hombres en las ciudades y en los campos.



Los árboles

CUANDO juegan los niños en los parques arbolados, una alegría indecible les pone canciones en los labios, luz en los ojos y sonrosado color en las mejillas. ¿De dónde viene ese efluvio misterioso que tales transformaciones opera?

Hijo mío, viene de los árboles. Los árboles son obreros dignos de figurar en los cuentos de hadas: en sus misteriosos laboratorios trabajan con aire y con rayos de Sol. Con aire y con rayos de Sol fabrican el oxígeno que te llena de alegría, las frutas que te alimentan y hasta las ropas que te abrigan.

Los árboles son generosos: todo lo dan; nada guardan para ellos: "Ellos hacen tablas y vigas; hacen leña; hacen carbón; hacen pan; hacen alcohol; hacen aceite; hacen cacao; hacen café; hacen azúcar; hacen refrescos; hacen papel; hacen seda; hacen quina; hacen forrajes; hacen uvas, higos, dátiles, naranjas, melocotones, peras, cerezas, manzanas; hacen tierra vegetal; hacen manantiales; hacen oxígeno; hacen salud; hacen pájaros; hacen poesía; hacen hogar; hacen sombra; hacen país. . ."

Sin los árboles, la vida en la tierra sería imposible. Ellos purifican la atmósfera, detienen las tormentas, regulan las lluvias, alejan el rayo de la casa del hombre. Cuando el huracán, como el ogro de los cuentos, se acerca rugiendo,



los árboles agitan sus ramas y lo enredan en ellas y lo detienen; cuando la nube cargada de humedad, flota indecisa en la altura, ellos la llaman y la atraen, y consiguen de ella el agua necesaria; cuando el rayo amenazador blande su espada de oro en el cielo tempestuoso, ellos le ofrecen sus ramas más altas para que descienda por ellas y se hunda impotente en el seno de la tierra.

Para conquistar el desierto, no precisa, el hombre, otros soldados que los árboles. Así se conquistó la pampa inmensa y deshabitada: plantando árboles y árboles hasta formar el bosque. Fenómeno contrario ocurre allí donde el bosque es talado sin tasa ni medida; allí es el desierto el conquistador. Por eso, cortar un árbol sin plantar otros dos, debiera ser considerado como un crimen contra la sociedad.

Hijo mío, planta árboles, muchos árboles, en dondequiera. No pienses nunca si llegarás algún día a descansar a su sombra, o a saborear sus frutos. Planta árboles; planta para los demás, para la sociedad en que vives, para la Patria. Planta árboles; ellos crecerán a la par tuya, y cuando seas hombre, ellos alegrarán tu vista, protegerán tu casa, cantarán para ti, al soplo de la brisa, alegres canciones; y cuando tú seas viejo, ellos serán jóvenes todavía; y tú morirás, pero ellos te sobrevivirán muchos años, y se mostrarán a tus hijos, y a los hijos de tus hijos como obra de tus manos, de tu laboriosidad, de tu esperanza.

En la región del azúcar

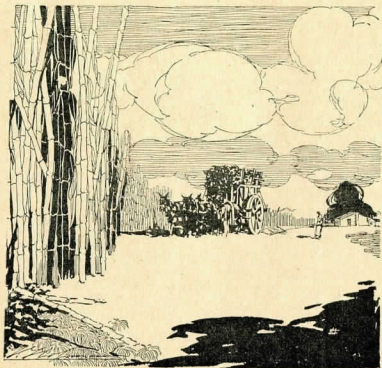
EN los plantíos y en los ingenios azucareros, al terminar el trabajo, cada peón tiene el derecho de llevar dos cañas. ¡Y es de ver con qué amor las eligen, cómo saben descubrir en una carretada, al primer vistazo la caña más larga, la más gorda, la más dura, la más jugosa! Salen para sus hogares en procesión, con una caña bajo el brazo para la china y los indiecitos y la otra embocada como una larga flauta que no suena pero que sabe a gloria... La primera vez que los vi, se me ocurrió que aquellos muchachos grandes iban de broma, pero no era así: iban metiéndoles el diente, devorándolas con el ansia de seis horas continuas de trabajo y de sed. Si se les permitiera, comeríanse cañaverales enteros. "Cada indio es un trapiche", suelen decir los dueños de los ingenios para expresar su consumo de cañas de azúcar. Llegaba a calcularse que, entre todas las peonadas, consumen lo bastante como para fabricar dos mil toneladas de azúcar!

El espectáculo de la vuelta de los peones a sus casas con las cañas resultábame de lo más característico y atractivo. La chiquillería corría por grupos a recibir al padre, y lo peleaban por la caña; pero él la entregaba a la madre, no menos deseosa que sus hijos de hincar los blancos dientes en la dulce y pastosa fibra. Con un gran cuchillo separaba la china su parte, y cortaba el resto por los nudos en tantos trozos como hijos.

El vasto cuadro aparecía, en unos minutos, cubierto de muchachitos, chinas y peones, cada cual con su flauta en la boca, produciendo al masticar la pulpa fibrosa, ése rumor áspero y sordo de los rumiantes cuando mueven a compás

sus molares. Era el momento propicio para todos, hasta para las gallinas, los chivos y los perros que corrían detrás de los chicos esperando que tirasen la caña ya chupada y masticada para comer ellos el resto. En cada hogar se cocinaba el loco de carne y maíz, pero nadie se acercaba a la olla, mientras quedaba un bocado de caña. Y había allí, en aquella hora, de regodeo, una alegría visible, que casi se podía tocar con la mano!...

Manuel Bernárdez.



Los molineros

Listos molineros,
hay que trabajar,
pues las aspas giran,
giran sin cesar.

Marchan ya las muelas
que han de triturar
trigo que en harina
vamos a trocar.

Lleno está el molino
y hay que despejar,
bolsas a los hombros
prestos a marchar.

En la calle esperan
carros por cargar,
¡corran, molineros,
para terminar!

Ya la noche llega
y hay que descansar.
¡Bravo, molineros,
vuelvan a su hogar!

En la carbonera

LA LEÑA.—Yo, tan limpia, tan perfumada, tengo que soportar su compañía. Bien podría lavarse la cara de vez en cuando, miserable carbón.

EL CARBÓN.—Si la “señora marquesa” se dignara recordar su origen, no sería tan desagradecida. Al fin estuvo en contacto con la tierra que me aprisionaba y más de una vez la nutrí con mis sales.

LA LEÑA.—No sé por qué dice con ese tonito zumbón “señora marquesa”. Su cuna no es muy noble que digamos.

EL CARBÓN.—Alto ahí, señora marquesa. Yo provengo, como usted, de una semilla, y fui parte de un árbol robusto y sano. Si por cambios de la fortuna llegué a esta humilde condición, no por eso dejo de ser quien soy.

LA LEÑA.—A pesar de cuanto diga tiene que aceptar su destino miserable. Yo ardo en la estufa del comedor y usted se consume en la negra hornalla de la cocina.



EL CARBÓN.—Soy más útil que usted, orgullosa marquesa. Mi vida se perpetúa en los dulces, en las conservas que cuezo, y la suya se extingue con la última llamarada que da.

LA LEÑA.—Todos sus argumentos no sirven para quitarle el tizne.

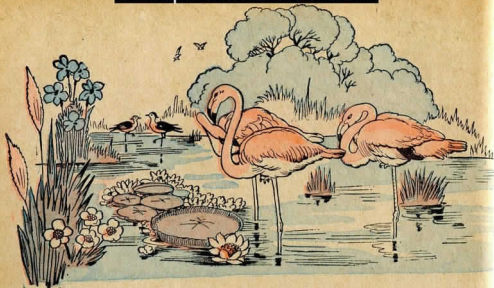
EL CARBÓN.—Descuide, señora marquesa, que cuando arda, tiznará tanto como yo y, entonces, se arrepentirá de las palabras dichas sin pensar.

LA LEÑA.—Hagamos las paces, señor carbón. Es usted más sensato que yo, y para demostrarle mi amistad me deslizaré en el balde que lo lleve a la cocina y moriremos juntos. Enséñeme a ser humilde y útil.



VOCABULARIO: *Se dignara:* se sirviera, tuviera a bien hacer o decir algo.—*Nutri:* alimenté.—*Provenir:* proceder, venir de alguna cosa.—*Perpetúa:* continúa.

PARA QUE RECUERDES: **CARBÓN:** *de leña:* opaco, liviano, blando, arde con rapidez; lo fabrica el hombre.—*de piedra:* brillante, pesado, duro; se consume despacio; se extrae de las minas.



Paisaje del sud bonaerense.

PABLO GRUSSAC.

Un sol radiante cruzaba el purísimo cielo azul, sobre el refrescado verdor de la pampa, en el tibio ambiente que, por esa región del Sur de Buenos Aires, todavía a fines de diciembre se respira con delicia. Arrugando apenas el suelo duro y liso, el camino nuevo atravesaba la llanura abierta, en que prolonga sus últimas ondulaciones la sierra de Curumalán.

El monótono paisaje ofrecía sus escasos arroyos a que las lluvias de ayer prestaran existencia, destinada a fenecer mañana, no quedando de ellos sino la zanja en que corrieron. Más permanentes, las

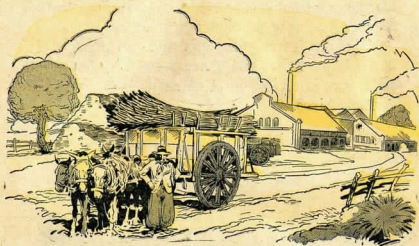
lagunas extendían su líquido espejo, poblado de gallaretas y teros chillones, de chajás cenicientos y rosados flamencos, al que formaban tupido marco los juncos y las espadañas de sus orillas. Recreaban la vista las malezas en flor; embalsamaban la brisa las hierbas olorosas; de los húmedos pastizales, destacaban sus pétalos, el geranio rosado, el naranjado alelí, el pensamiento silvestre de corola doblemente modesta, por lo pequeña y pálida . . .

Al comenzar la segunda legua del trayecto iba modificándose la vista del terreno a uno y otro lado del camino.

A los eriales de pastos duros, sucedían los sembrados y cultivos, formando chacras alambradas de ciento y más hectáreas, cada cual con su casa e instalaciones agrícolas que rodeaban las labranzas de cereales, los plantíos de frutales y los alfalfares.

Los trigales maduros enderezaban sus espigas, salpicadas acá y allá por la roja nota de alguna amapola silvestre, y mecidas por la brisa, las olas de oro ondulaban blandamente hasta el confín del horizonte.





UN INGENIO DE AZÚCAR EN TUCUMÁN

Se trabajaba día y noche. Había tres turnos de obreros en las veinticuatro horas. El trepidar de las máquinas, conmoviendo el valle, parecía una cosa más del cielo que de la tierra. El ruido de los motores, de las centrífugas, de las grúas, de los vagones era insoportable en los primeros días. Pero, paulatinamente, se aceptaba como algo natural, tal como la luz o el aire. Se vivía en el gigantesco trá-fago de la fábrica, al cual colaboraban el alarido prolongado de los carreros, el tropel de los carros que llegaban de las colonias, el estrépito de acero y de cadenas de los largos trenes de carga y el silbato del que dirigía la maniobra de las grúas, que alza-

ban de un solo manotazo todo el cargamento de un carro o la mitad de un vagón, para precipitarlo a los trapiches. El aire estaba contaminado de un cáldido y penetrante olor a miel. De los cañaverales ya devastados, venían, de cuando en cuando, fugitivos resplandores de la hojarasca que se quemaba. Llegaban frente a la fábrica, a un enorme canchón, los vagones y los carros, con su carga de caña, y se detenían bajo las grandes grúas. El estrépito desconcierta, enloquece, aturde; se siente todo a medias, la carga de cañas moradas y relucientes, tomadas por la grúa, es paseada un instante por el aire; parece que va a precipitarse sobre nosotros. Luego, es enviada hacia el fondo, para caer en los trapiches.

Allí dentro se mueven los grandes cilindros de los trapiches que estrujan la caña hasta sacarle la última gota de jugo. Allí están los grandes calderos donde se hace hervir el guarapo para que vaya transformándose, poco a poco, en miel, la que a su vez, por sucesivas evaporaciones, dejará más tarde aclarada y purificada de las materias extrañas mediante las centrifugas. Y más allá las cascadas de azúcar blanca y brillante, cayendo vertiginosamente en las bolsas abiertas que, una vez llenas, son reemplazadas por otras. Y por el otro costado de la fábrica, el bagazo, resto de la caña estrujada y exprimida de su jugo, que descende por una pendiente movable, como un amarillento polvo que va a depositarse en los tachos vacíos. Es el despojo de la plan-



COLABORACIÓN

—¿Sabes, Irene, que el correo me devolvió la carta que te envié la semana pasada, invitándote a la fiesta del sábado?

En lugar de escribir tu dirección, había puesto la de Rosalía. No me explico cómo pude haberme equivocado de esa manera.

—Te advierto que esa equivocación cuesta dinero y tiempo al Estado.

El cartero llegó hasta el domicilio de Rosalía; ahí no se conocía a la persona que figuraba en el sobre y la carta tuvo que volver a la oficina. De allí, otra vez la llevaron a tu casa. .

¿Te imaginas el tiempo que hizo perder esa carta, sin ningún resultado? Por eso conviene revisar la correspondencia antes de enviarla, para confirmar la exactitud de la dirección y del franqueo.



TRIGO

¡Qué sensación de bienestar se experimenta al recorrer un campo sembrado de trigo!

Se piensa entonces en el porvenir magnífico que la agricultura depara a la patria.

En la República Argentina se cultiva trigo en gran escala: en las provincias de Buenos Aires, Córdoba y La Pampa, como asimismo en el sur de San Luis, Santa Fe y Santiago del Estero y sudoeste de Entre Ríos.

El trigo es un cereal muy útil. Del grano se obtiene la harina, para fabricar el pan; la paja, para confeccionar sombreros, y la cáscara del grano o afrecho, para alimento del ganado.

Este cereal no es originario de América.

Parece ser que en el año 1573, un tripulante de la expedición de Garay, sembró algunos granos de trigo que encontró entre las provisiones de arroz. Otros opinan que la primera siembra se realizó en Méjico, y los hay quienes aseveran que ese ensayo se realizó en Quito. De cualquier modo lo cierto es que fueron unos pocos granos, los que originaron esta importante riqueza.

Si bien al principio los colonizadores españoles no dieron mayor importancia a la agricultura, pues se dedicaban a la explotación de los metales preciosos, tuvieron que convencerse, al fin, que el verdadero porvenir estaba en el campo, en la industria agropecuaria.

